

Los viajes astrales: entre la ciencia y la espiritualidad

Margarita Espuña

# Hilos de plata

Prólogo de José Miguel Gaona



Luciérnaga

*Margarita Espuña*

# Hilos de plata

Los viajes astrales: entre la ciencia  
y la espiritualidad

Prólogo de José Miguel Gaona



Ediciones Luciérnaga

# Índice

Prólogo .....	11
La autora .....	19
Preámbulo.....	23
I .....	31
II .....	39
III .....	47
IV .....	55
V .....	63
VI .....	69
VII .....	75
VIII .....	79
IX .....	93
X .....	99
XI .....	103
XII .....	113
XIII .....	125
XIV .....	133
XV .....	139
XVI .....	157
XVII .....	161
XVIII .....	169
XIX .....	175
XX .....	181
XXI .....	189
XXII .....	197
XXIII .....	207
XXIV .....	213
Epílogo .....	217
Agradecimientos y bibliografía.....	221

# I

*Durante el sueño, el hombre en las épocas de civilización rudimentaria aprende a conocer un segundo mundo real, tal es el origen de toda metafísica.*

F. NIETZCHE

ANNA

Tengo mucho miedo cuando miro atrás al salir de mi cuerpo y me veo durmiendo. Ver que tu cuerpo queda atrás... Es muy fuerte. Tengo miedo de dormir pensando que vuelva a ocurrirme, aunque, en realidad, cuando salgo de mi cuerpo, una vez en plena experiencia, me resulta muy placentera, casi orgásmica. El problema es que, a la vuelta, me siento mal. Es muy muy difícil de explicar. Al regreso me siento nerviosa, cansada, con ganas de llorar, triste. Es una sensación tan real que me aterroriza, porque pienso: «¡He salido de mi cuerpo!». Porque yo, en realidad, no quiero salir. Cuando salgo siento vibraciones muy fuertes, un pitido en el oído, sé que voy a salir pero sin saber hacia dónde ni lo que me espera fuera. Me ocurre con frecuencia y tengo conciencia del astral desde pequeña. Es espontáneo y preferiría que no ocurriera.

Me desdoble normalmente, pero no siempre, durante la siesta o si me quedo dormida en el sofá. Me han dicho que es en ese momento cuando más te relajas. Una vez fuera de mi cuerpo, me veo en salones, dormitorios, cocinas... en casas que no sé de quién son. Soy una materia blanda y atravieso paredes, puer-

tas y techos a gran velocidad. No puedo coger nada con las manos, ni leer. A veces he intentado leer y no he podido, lo veo todo muy borroso. Me veo en calles e intento leer la placa para saber dónde estoy, y no lo consigo. Me rodea una neblina blanca. Me han dicho que en astral no puedes leer nada.

Quise averiguar qué era realmente lo que ocurría en esta experiencia. O sea, quise saber si era verdad que salía de mi cuerpo y estaba en otros lugares o si se trataba de simples sueños. Una tarde que dormía la siesta en mi cama, al desdoblarme, me dirigí al salón de forma consciente. Vi que había un cojín rojo tirado en el suelo. Cuando «regresé» y desperté en mi cuerpo, me levanté, fui con mi cuerpo físico al salón y, efectivamente, comprobé que el cojín rojo estaba tirado en el suelo. Supe que había estado ahí sin mi cuerpo físico. Fue muy importante porque tuve la certeza, la prueba evidente de que yo salía de mi cuerpo físico y me desplazaba con mi cuerpo astral.

En el astral sabes que estás, que eres tú sin cuerpo físico. Solo conciencia. Puedes ir a donde quieras, aunque en mi caso no soy capaz de controlarlo. Es tan real como lo que vivimos aquí, solo que en otra dimensión. Intenté verme a mí misma y miré mi brazo derecho. Vi como energía, luces, como una especie de rayo. A las personas que me encuentro en el astral las veo casi en cuerpos normales. Una de las cosas que me encanta hacer en el astral es encontrarme en el mar y nadar. Me ocurre con mucha frecuencia. Nado mar adentro en el astral y es muy muy placentero.

En una ocasión me percibí en una habitación en la que se encontraba una abuela con un niño y una niña. La niña me vio, porque algunas veces hay quien te ve. Lo mismo me ocurrió en la casa de una familia en la que encontré a un matrimonio y el hijo y, en esa oca-

sión, fue el padre el que me vio. Creo que me vio porque él también debe realizar viajes astrales conscientes. Cuando estoy «fuera», veo muertos, vivos que hacen viajes astrales como yo y personas que están haciendo vida normal. Es muy difícil de explicar. A veces pasan por tu lado sin verte; creo que son muertos.

Únicamente una vez he visto seres negativos. Me encontré con una especie de animal con ojos rojos, algo así como un toro. Creo que estábamos en un sótano oscuro y salí rápidamente de allí.

He tenido muchas experiencias durante mis viajes al astral. Me encontré a mi abuela, al final del túnel. Es la única ocasión en la que he cruzado el túnel con características similares a las que relatan los que viven experiencias cercanas a la muerte. Llegué hasta allí a muchísima velocidad. Vi siluetas grises de personas; algunas no tenían ojos. En ese momento de mi vida, estaba a punto de casarme con mi primer marido. Llegué hasta una luz muy potente y vi a mi abuela. Ella había muerto con ochenta años y la vi joven, preciosa, radiante. De forma telepática me advirtió que dejara a ese chico y que no podía quedarme con ella. Volví a mi cuerpo a gran velocidad. Tendría que haber hecho caso de su recomendación, porque el matrimonio no funcionó. En otra ocasión, vi a una niña en mi habitación vestida de blanco. La seguí de forma instintiva, cruzamos puertas y paredes a gran velocidad, creo que viajé incluso por el universo en esa ocasión. Me condujo a una especie de gran nave industrial, allí había como unas cien personas sentadas, creo que muertas. No sé por qué distingo cuando están muertas, pero creo que así estaban, esperando, tal vez, su turno para «subir». Entre ellas, estaba mi otra abuela que había fallecido unos tres años antes. Estaba allí sentada, levantó la cabeza y me miró. Le pregunté qué hacía allí

y me dijo que estaba esperando. Regresé a mi cuerpo en ese instante. A esa niña he vuelto a verla en mi casa durante uno de mis viajes astrales. Sé que está muerta.

También vi a mi padre en el astral al poco tiempo de que falleciera. Fue un encuentro maravilloso. Nos enlazamos con la misma intensidad que nos hubiésemos abrazado con el cuerpo físico. La misma intensidad y la misma emoción. Entre sollozos, le pregunté si podía venir cuando quisiera, me respondió: «¡Claro que sí!». Me dijo que fuera a «la campana». No sé lo que significa ese mensaje. Siempre regreso de forma brusca antes de averiguar más. Le vi joven, luminoso.

He visto muchas cosas en el astral y a muchas personas. Escenas que me han aterrorizado y que han marcado mi vida. Creo la que más me ha impresionado ocurrió en unas vacaciones en Tarragona, en la casa de mi hermana. Hace unos tres años aproximadamente, en una de mis siestas, salí disparada rápidamente y me metí en una especie de caserón muy oscuro y grande que jamás había visto. De repente, empezó a salir gente de las paredes, niños, gente joven. Lo extraño era que ellos no se daban cuenta de que yo estaba allí, parecían ir a lo suyo. Recuerdo que los niños jugaban entre ellos y andaban en fila, como a la salida de un colegio. Lo recuerdo perfectamente. Al final de la fila vi a una señora mayor que me miraba. Me hizo un gesto para que me acercara y me dijo: «Sí, efectivamente, ellos están muertos, tal como estás pensando, pero no se dan cuenta de que estás». Le pregunté qué había después de la muerte y me respondió que me lo contaría. Pero a partir de ese instante volví a mi cuerpo de manera brusca, muy nerviosa, sudando y no recuerdo más que cuando ella me dijo que me lo iba a contar... ¡Fue tan vívido! Me gustaría muchísimo sa-

ber dónde está ese lugar; no tiene por qué ser en Tarragona, puede ser en cualquier otra parte, porque no sé adónde fui. Estoy segura de que hay allí mucha gente atrapada que no sabe que está muerta. Muchos niños.

Un 6 de enero, día de la celebración de los Reyes Magos, vi una preciosa iglesia. Fuera había una fuente muy bonita, un patio. Los colores eran intensos como los de los fluorescentes. Había una escalera para entrar en la iglesia, y entré. De pronto, una voz masculina dijo: «*Ya baran dirote*». No sé qué significa ni de qué idioma se trata.

Últimamente me he «divertido» arrojando objetos, hojas de papel y cosas así. Lo consigues con el pensamiento, concentrando toda la energía. Lo hice con unas chicas que estaban hablando tranquilamente en una casa. Casi se mueren del susto, porque, claro, ellas a mí no me veían. Solo veían volar el papel. En otra ocasión, había unos ejecutivos en algo que parecía el pasillo de una oficina. Era un grupo pequeño, unos tres, estaban hablando apoyados en la pared y rocé el estómago de uno de ellos. Dio un respingo. Sí, a veces me divierto en el astral.

Siempre he sido «rarita». De pequeña, creo que tendría unos cuatro años de edad, mientras estaba despierta, vi a un hombre en mi casa. Un «ser» masculino, muy alto. Yo estaba en la cama con mis padres. Ellos dormían y vi al hombre acercarse hacia mí. Exclamé: «¡Mamá!», y desapareció. Es la única ocasión en la que he visto algo con los ojos de mi cuerpo físico. Mi madre me llevó a un psicólogo que diagnosticó terrores nocturnos.

No sé si mi facultad de desdoblarme vino a raíz de sufrir una infección a los cinco años que me dejó literalmente «muerta» durante unos segundos. Una



transfusión me volvió a la vida. Quizá en esa ocasión viví una experiencia cercana a la muerte. No recuerdo si eso fue lo que a mí me ocurrió, pero lo extraño es que a los diez años devoraba todo tipo de lecturas sobre estos temas. Era fiel seguidora de Fernando Jiménez del Oso; me compraba la revista *Lo inexplicable*. A esa edad no es muy corriente estar obsesionado por estas cuestiones. Incluso llegué a poner un anuncio en un medio de comunicación para que me escribieran otras personas que tuvieran este tipo de experiencias y compartirlas. Mis padres empezaron a preocuparse por la extraña afición. Estuve mucho tiempo callada, sin contarlo a nadie, hasta la adolescencia, cuando empecé a conocer gente y hablar sobre ello. Solo hablo de esto con un muy reducido grupo de amigos que me comprenden. Lo comparto con pocas personas. Es frustrante que incluso personas muy allegadas a ti no te crean.

Últimamente me he puesto en contacto con grupos de Facebook que tienen mucha experiencia en viajes astrales. Me han aconsejado muy bien. Dicen que tengo que disfrutar del presente y que cuando salga de mi cuerpo lo haga sin ningún miedo. Si pierdo el miedo, me dicen, va a ser alucinante lo que voy a experimentar. Me explican que veo borroso en el astral porque no estoy del todo «despierta». Que el miedo no me deja avanzar en la experiencia, no me deja ver claro. Que tengo que disfrutar de este privilegio y que debo estar agradecida ya que hay mucha gente que querría experimentarlo al menos una vez en la vida. Me falta energía. Eso me han dicho.

Tengo cuarenta y siete años y no trabajo fuera de casa actualmente. Tengo una hija adolescente que me cree y me comprende muy bien. Nací en Barcelona, vivo en L'Hospitalet y soy seguidora del Barça. Me

gusta leer temas espirituales. Ahora leo *El monje que vendió su Ferrari*. Me gusta el cine, el teatro y la música.

La facultad para desdoblarme ha creado en mí un sentido trascendente de la vida; una vida que, en algunos momentos, siento vacía en este mundo terrenal. Soy espiritual, claro que sí, sin religiones de por medio. No solo creo, sino que estoy segura de que hay vida después de la muerte. Al morir vamos al astral, a la otra dimensión. Pero, tal como yo lo percibo, allí hay mucha gente...